

RETIRO: BIENAVENTURADOS LOS QUE TRABAJAN POR LA PAZ...

*Extraído de Llamados por la Gracia de Cristo, Revista Orar, DABAR, Misa Dominical,
Tú tienes Palabras de Vida, A. Pronzato, B. Caballero y Mensajes del Papa de la Jornada Mundial de la Paz)*

VER:

La felicidad es uno de los deseos más profundos y más fuertes que hay en el corazón del hombre. Y por esa razón, éste busca siempre la felicidad constante y ansiosamente, Jesús nos propone un proyecto de vida cuya finalidad es que podamos ser felices. Al leerlo o escucharlo nos parece duro y exigente; tal vez complicado y difícil de seguir teniendo en cuenta el mundo en que vivimos y las circunstancias que nos rodean.

Las Bienaventuranzas son un resumen del mensaje evangélico, la «carta magna» o la Constitución de la vida cristiana, el criterio definitivo de su autenticidad...

Lo esencial en el cristiano no es lo que hace, dice o vive. Lo esencial es que su vida, su palabra y su acción sean la concreción de su opción por el seguimiento de Jesús. Para conseguirlo no sólo es necesario conocerle a Él, sino que dicha opción fundamental se ha de encarnar en un proyecto de vida, el de las Bienaventuranzas.

En estos retiros de este ciclo nos estamos centrando en conocer mejor y analizar en qué consiste ese nuevo estilo de vida emanado de las Bienaventuranzas, del programa del Reino de Dios.

Vamos a continuar por la séptima Bienaventuranza, la que hace referencia a “los que trabajan por la paz”. Y por eso, en un primer momento vamos a reflexionar acerca de la paz.

El diccionario de la Real Academia Española nos dice entre otras definiciones las siguientes:

paz. (Del lat. *pax*, *pacis*).

Situación y relación mutua de quienes no están en guerra.

Pública tranquilidad y quietud de los Estados, en contraposición a la guerra o a la turbulencia.

Sosiego y buena correspondencia de unas personas con otras, especialmente en las familias, en contraposición a las disensiones, riñas y pleitos.

Reconciliación, vuelta a la amistad o a la concordia.

Virtud que pone en el ánimo tranquilidad y sosiego, opuestos a la turbación y las pasiones.

Según esto, la paz es algo que a veces nos viene dado, sin buscarlo, y otras veces hemos de esforzarnos en alcanzarla, o hemos de poner los medios necesarios para conseguirla. Teniendo presente esta Bienaventuranza, comencemos pensando:

Para la reflexión:

- ¿Qué entiendo por “paz”? ¿Cómo la definiría con mis palabras?
- ¿Me siento en paz? ¿Por qué? ¿Cómo lo logro?
- ¿En qué consiste para mí “trabajar por la paz”? Pienso en ejemplos concretos.

JUZGAR:

Mt 5, 1-2.9

¹Al ver Jesús el gentío, subió al monte, se sentó y se acercaron sus discípulos; ²y les enseñaba diciendo: ⁹Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque serán llamados hijos de Dios”

“Shalom” es una palabra bíblica que sirve de saludo para expresar al otro tu deseo sincero de dicha, bienestar y vida plenamente lograda sobre él. “Shalom” lo traducimos como “paz”, y con esta expresión pretendían y pretenden los judíos significar una lograda relación de armonía con Dios, consigo mismo y también con los demás.

El Papa Benedicto XVI, en su Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz de 2013, dice: Las bienaventuranzas proclamadas por Jesús (cf. *Mt* 5,3-12; *Lc* 6,20-23) son promesas (...) Por tanto, las bienaventuranzas no son meras recomendaciones morales, cuya observancia prevé que, a su debido tiempo –un tiempo situado normalmente en la otra vida–, se obtenga una recompensa, es decir, una situación de felicidad futura. La bienaventuranza consiste más bien en el cumplimiento de una promesa dirigida a todos los que se dejan guiar por las exigencias de la verdad, la justicia y el amor. Quienes se encomiendan a Dios y a sus promesas son considerados frecuentemente por el mundo como ingenuos o alejados de la realidad. Sin embargo, Jesús les declara que, no sólo en la otra vida sino ya en ésta, descubrirán que son hijos de Dios, y que, desde siempre y para siempre, Dios es totalmente solidario con ellos.

¿Quiénes son los que trabajan por la paz? No es fácil definirlos, aunque es muy fácil reconocerlos. Partamos primero de quiénes “no son” éstos a los que se refiere la séptima Bienaventuranza:

No son los simplemente “pacíficos”, es decir, los que no quieren líos. Los que quieren que todo el mundo les deje en paz. Los que “pasan” de todo. Los que huyen de cualquier tensión personal, familiar o social. Ni siquiera los buscadores de cierto tipo de “armonía cósmica”. Todo esto, aunque a algunos les parezca mucho, evangélicamente es muy poco en favor de la paz.

Tampoco construye la paz el padre o madre que conceden todos sus caprichos a su hijo con tal de que se calle y les deje tranquilos. Y tampoco construyen la paz tantos como ceden de su obligación en sus relaciones familiares, laborales, sociales... con tal de “tener la fiesta en paz.”

Ni construyen la paz los llamados “pacificadores”, ese conjunto de personas que, por el poder o la influencia que detentan, se dedican a recorrer el mapa hablando de paz, recomendando la paz algunos cobrando por ello... e incluso imponiendo la paz, hasta reprimiendo duramente a quienes no quieren admitir “su paz”.

Tampoco los llamados “pacifistas”, aunque su actitud pueda suponer en ocasiones una preparación de los ánimos hacia actitudes de verdadero amor por la paz. Su labor puede ser positiva, pero “huele” demasiado a grupo de presión, partido político, ideología dirigida...

¿A qué trabajadores por la paz llama Jesús “Bienaventurados”?

En primer lugar a todo el que no sólo no genere discordia, sino que siembre pequeñas o grandes porciones de paz en torno suyo: en su cuerpo, en su mente, en su familia, entre sus amistades y ojalá que también en niveles más altos.

Y en segundo lugar, a todos los que se busquen y promuevan la paz que Cristo nos mostró. ¿Cómo es la paz de Cristo?

La paz os dejo, mi paz os doy; pero no os la doy como os la da el mundo (Jn 14, 27), nos dice Jesús. La paz de Cristo es antes que nada fruto de su obediencia. De su empeño radical por cumplir “la voluntad del Padre”. Y de cumplirla anonadándose y humillándose hasta hacerse hombre, primero, y hasta la muerte de Cruz, después. Ésa es, paradójicamente, la fuente de la paz.

La paz de Cristo es, al mismo tiempo, una paz que reconcilia y perdona... eleva y nivela... unifica y reúne a todos los de lejos y cerca hasta el mismo Padre y en un mismo Espíritu (Ef 2, 14-18).

La paz del Señor no sólo nos pacifica íntimamente y con los hermanos, sino que, a la vez, nos llena del gozo y la alegría de sabernos y ser hijos de Dios, siendo esta experiencia de nuestra filiación divina el primer y más importante de cuantos frutos nos proporciona. Nuestra Bienaventuranza los proclama “dichosos”, más que por los servicios que prestan, porque “serán llamados hijos de Dios”.

Pero esta paz de Cristo no obra en nosotros sin más. Exige nuestra cooperación. Y la exige hasta tal punto que, en muchísimas ocasiones, deberemos hacernos verdadera violencia para alcanzarla. No sin esfuerzo nos veremos, por ejemplo, libres de nuestro egoísmo, de nuestra soberbia, de tantas actitudes de pecado como nos impiden nuestro paso hacia esa paz.

Es por esto por lo que nos advierte el mismo Jesús: No penséis que he venido a sembrar paz en la tierra, sino guerra. He venido a enemistar al hijo con su padre y a la hija con su madre... El que quiere a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí... El que conserve su vida la perderá, y el que la pierda por amor a mí, la conservará (Mt 10, 34-39).

Esta paz, en fin, es una paz interior que puede estar acompañada de luchas y trabajos y contradicciones externas. La paz de Cristo es algo que experimentamos en el hondón del alma. Muy en el fondo, lo cual hace posible su permanencia incluso en momentos de lucha y turbaciones no tan íntimas. Esta paz consiste, sobre todo, en una radical y absoluta convicción de que Dios me ama. Y de que en Él debo amar a todos y a todo cuanto Él ama.

Porque es a partir de esa paz interior desde la que podré “trabajar por la paz” exteriormente.

Para la reflexión:

- Los que trabajan por la paz no son los que no quieren líos, los que huyen de las tensiones, los que ceden de sus obligaciones personales o sociales, los que alardean de “pacifistas”... ¿Qué tipo de éstos creo que abunda más? ¿Me identifico con alguno de estos tipos?
- La paz de Cristo no es como la que da el mundo. ¿Cumplir la voluntad de Dios me da paz? ¿Me siento en paz con Dios porque “soy” hijo suyo?
- ¿Experimento contradicciones, luchas internas... por querer alcanzar la paz que Cristo nos da?

ACTUAR:

El corazón del hombre es el verdadero asentamiento de la paz. La paz no puede darse en la sociedad humana si primero no se da en el corazón de cada hombre.

La paz, interior y exterior, es imposible sin un cambio, una conversión de nuestro corazón hacia Cristo. Debemos renunciar a la intransigencia, al odio que llevamos dentro. Debemos convertirnos en personas solidarias y fraternas, que reconocen la dignidad y necesidades del otro, buscando su colaboración para crear un mundo en paz.

El camino por el que se va construyendo la paz necesita la conversión del propio corazón y el cambio de las estructuras de la sociedad, ambas cosas, según Cristo. Sin un cambio de nuestro corazón, no cambiarán las estructuras; y si no cambian éstas, el corazón seguirá igual. El Papa Benedicto XVI nos lo ha recordado en sus Mensajes para las Jornada Mundial de la Paz, que se celebra el 1 de enero de cada año.

(2007) LA PERSONA HUMANA, CORAZÓN DE LA PAZ. En efecto, estoy convencido de que respetando a la persona se promueve la paz... La paz se basa en el respeto de todos. Consciente de ello, la Iglesia se hace pregonera de los derechos fundamentales de cada persona... Deseo, por fin, dirigir un llamamiento apremiante al Pueblo de Dios, para que todo cristiano se sienta comprometido a ser un trabajador incansable en favor de la paz y un valiente defensor de la dignidad de la persona humana y de sus derechos inalienables. El cristiano... sentirá la satisfacción de servir con generosa dedicación a la causa de la paz, ayudando a los hermanos, especialmente a aquéllos que, además de sufrir privaciones y pobreza, carecen también de este precioso bien. Jesús nos ha revelado que “Dios es amor” (1Jn 4, 8), y que la vocación más grande de cada persona es el amor. En Cristo podemos encontrar las razones supremas para hacernos firmes defensores de la dignidad humana y audaces constructores de la paz.

(2008) FAMILIA HUMANA, COMUNIDAD DE PAZ. En una vida familiar “sana” se experimentan algunos elementos esenciales de la paz: la justicia y el amor entre hermanos y hermanas, la función de la autoridad manifestada por los padres, el servicio afectuoso a los miembros más débiles, porque son pequeños, ancianos o están enfermos, la ayuda mutua en las necesidades de la vida, la disponibilidad para acoger al otro, y, si fuera necesario, para perdonarlo. Por eso, la familia es la primera e insustituible educadora de la paz.

(2009) COMBATIR LA POBREZA, CONSTRUIR LA PAZ. Una de las vías maestras para construir la paz es una globalización que tienda a los intereses de la gran familia humana. Sin embargo, para guiar la globalización se necesita una fuerte *solidaridad global*, tanto entre países ricos y países pobres, como dentro de cada país, aunque sea rico. Es preciso un «código ético común», cuyas normas no sean sólo fruto de acuerdos, sino que estén arraigadas en la ley natural inscrita por el Creador en la conciencia de todo ser humano (cf. *Rm* 2,14-15). Cada uno de nosotros ¿no siente acaso en lo recóndito de su conciencia la llamada a dar su propia contribución al bien común y a la paz social?

(2010) SI QUIERES PROMOVER LA PAZ, PROTEGE LA CREACIÓN. La búsqueda de la paz por parte de todos los hombres de buena voluntad se verá facilitada sin duda por el reconocimiento común de la relación inseparable que existe entre Dios, los seres humanos y toda la creación... Proteger el entorno natural para construir un mundo de paz es un deber de cada persona... La salvaguardia de la creación y la consecución de la paz son realidades íntimamente relacionadas entre sí.

(2011) LA LIBERTAD RELIGIOSA, CAMINO PARA LA PAZ. Una sociedad reconciliada con Dios está más cerca de la paz, que no es la simple ausencia de la guerra, ni el mero fruto del predominio militar o económico... La paz, por el contrario, es el resultado de un proceso de purificación y elevación cultural, moral y espiritual de cada persona y cada pueblo... Invito a todos los que desean ser constructores de paz a escuchar la propia voz interior, para encontrar en Dios referencia segura para la conquista de una auténtica libertad, la fuerza inagotable para orientar el mundo con un espíritu nuevo...

(2012) EDUCAR A LOS JÓVENES EN LA JUSTICIA Y LA PAZ. La paz es fruto de la justicia y efecto de la caridad. Y es ante todo don de Dios. Los cristianos creemos que Cristo es nuestra verdadera paz... Pero la paz no es sólo un don que se recibe, sino también una obra que se ha de construir. Para ser verdaderamente constructores de la paz, debemos ser educados en la compasión, la solidaridad, la colaboración, la fraternidad; hemos de ser activos dentro de las comunidades y atentos a despertar las conciencias sobre las cuestiones nacionales e internacionales, así como la importancia de buscar modos adecuados de redistribución de la riqueza, de promoción del crecimiento, de la cooperación al desarrollo y de la resolución de los conflictos... La paz para todos nace de la justicia de cada uno, y ninguno puede eludir este compromiso esencial de promover la justicia. La paz no es un bien ya logrado, sino una meta a la que todos debemos aspirar. Miremos con mayor esperanza al futuro, animémonos mutuamente en nuestro camino, trabajemos para dar a nuestro mundo un rostro más humano y fraterno, y sintámonos unidos en la responsabilidad.

(2013) BIENAVENTURADOS LOS QUE TRABAJAN POR LA PAZ. La paz no es un sueño, no es una utopía: la paz es posible. Nuestros ojos deben ver con mayor profundidad, bajo la superficie de las apariencias y las manifestaciones, para descubrir una realidad positiva que existe en nuestros corazones, porque todo hombre ha sido creado a imagen de Dios y llamado a crecer, contribuyendo a la construcción de un mundo nuevo (...) El que trabaja por la paz, según la bienaventuranza de Jesús, es aquel que busca el bien del otro, el bien total del alma y el cuerpo, hoy y mañana (...) A partir de esta enseñanza se puede deducir que toda persona y toda comunidad – religiosa, civil, educativa y cultural– está llamada a trabajar por la paz.

(2014) LA FRATERNIDAD, FUNDAMENTO Y CAMINO PARA LA PAZ. La fraternidad es una dimensión esencial del hombre, que es un ser relacional. La viva conciencia de este carácter relacional nos lleva a ver y a tratar a cada persona como una verdadera hermana y un verdadero hermano; sin ella, es imposible la construcción de una sociedad justa, de una paz estable y duradera. Y es necesario recordar que normalmente la fraternidad se empieza a aprender en el seno de la familia, sobre todo gracias a las responsabilidades complementarias de cada uno de sus miembros, en particular del padre y de la madre... La fraternidad genera paz social, porque crea un equilibrio entre libertad y justicia, entre responsabilidad personal y solidaridad, entre el bien de los individuos y el bien común... La fraternidad tiene necesidad de ser descubierta, amada, experimentada, anunciada y testimoniada. Pero sólo el amor dado por Dios nos permite acoger y vivir plenamente la fraternidad.

Como ha dicho el Papa Benedicto XVI, la paz no es sólo un don que se recibe, sino también una obra que se ha de construir. Por eso la promesa de la Bienaventuranza está en futuro: serán llamados hijos de Dios. Para que se nos identifique y por tanto se nos llame “hijos de Dios” debemos realizar ese trabajo por la paz, por la paz que Cristo nos da, un trabajo que comienza en el interior de cada uno y que debe plasmarse en el exterior.

Para que podamos construir la paz, Dios mismo se nos da en la Eucaristía. ¿Nos hemos fijado en las veces que se dice PAZ en la celebración de la Eucaristía, tras rezar el Padre nuestro?

- Líbranos de todos los males, Señor, y concédenos **la paz** en nuestros días...
- Señor Jesucristo, que dijiste a tus apóstoles: «**la paz** os dejo, **mi paz** os doy», no tengas en cuenta nuestros pecados sino la fe de tu Iglesia, y conforme a tu palabra concédele **la paz** y la unidad...
- **La paz** del Señor esté siempre con vosotros... Daos fraternalmente **la paz**...
- Cordero de Dios, que quitas el pecado del mundo... danos **la paz**.

La Eucaristía, el Cuerpo y la Sangre de Cristo, es la fuente de su paz para nosotros y el alimento para trabajar por la paz. Así, viviendo desde la Eucaristía, de modo que sea el centro de toda nuestra vida, se nos podrá llamar “hijos de Dios”, y alcanzaremos la bienaventuranza prometida.

Para la reflexión:

- Reflexiono los textos del Papa, y pienso en algún aspecto de los indicados que me ayude a trabajar por la paz. Hago un compromiso lo más concreto posible para poder llevarlo a cabo.

Oración

Señor, haz de mí un instrumento de tu paz.
Que donde haya odio, ponga yo amor.
Donde haya ofensa, ponga yo perdón.
Donde haya discordia, que yo ponga unión.
Donde haya error, que yo ponga verdad.
Donde haya duda, que yo ponga fe.
Donde haya desesperación, ponga yo esperanza.
Donde haya tinieblas, que yo ponga tu luz.
Donde haya tristeza, ponga yo alegría.
Haz, Señor, que no me empeñe tanto
 en ser consolado, como en consolar;
 en ser comprendido, como en comprender;
 en ser amado, como en amar.
Porque dando es como se recibe,
olvidando se encuentra,
perdonando se es perdonado,
y muriendo, se resucita a la vida eterna. Amén.

RETIRO: BIENAVENTURADOS LOS QUE TRABAJAN POR LA PAZ...

Extraído de Llamados por la Gracia de Cristo, Revista Orar, DABAR, Misa Dominical, y otros)

VER:

- ¿Qué entiendo por “paz”? ¿Cómo la definiría con mis palabras?
- ¿Me siento en paz? ¿Por qué? ¿Cómo lo logro?
- ¿En qué consiste para mí “trabajar por la paz”? Pienso en ejemplos concretos.

JUZGAR: Mt 5, 1-2.9:

¹Al ver Jesús el gentío, subió al monte, se sentó y se acercaron sus discípulos; ²y les enseñaba diciendo: ⁸Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque serán llamados hijos de Dios.

- Los que trabajan por la paz no son los que no quieren líos, los que huyen de las tensiones, los que ceden de sus obligaciones personales o sociales, los que alardean de “pacifistas”... ¿Qué tipo de éstos creo que abunda más? ¿Me identifico con alguno de estos tipos?
- La paz de Cristo no es como la que da el mundo. ¿Cumplir la voluntad de Dios me da paz? ¿Me siento en paz con Dios porque “soy” hijo suyo?
- ¿Experimento contradicciones, luchas internas... por querer alcanzar la paz que Cristo nos da?

ACTUAR:

- Reflexiono los textos del Papa para la Jornada Mundial de la Paz, y pienso en algún aspecto de los indicados que me ayude a trabajar por la paz. Hago un compromiso lo más concreto posible para poder llevarlo a cabo.

(2007) LA PERSONA HUMANA, CORAZÓN DE LA PAZ. En efecto, estoy convencido de que respetando a la persona se promueve la paz... La paz se basa en el respeto de todos. Consciente de ello, la Iglesia se hace pregonera de los derechos fundamentales de cada persona... Deseo, por fin, dirigir un llamamiento apremiante al Pueblo de Dios, para que todo cristiano se sienta comprometido a ser un trabajador incansable en favor de la paz y un valiente defensor de la dignidad de la persona humana y de sus derechos inalienables. El cristiano... sentirá la satisfacción de servir con generosa dedicación a la causa de la paz, ayudando a los hermanos, especialmente a aquéllos que, además de sufrir privaciones y pobreza, carecen también de este precioso bien. Jesús nos ha revelado que “Dios es amor” (1Jn 4, 8), y que la vocación más grande de cada persona es el amor. En Cristo podemos encontrar las razones supremas para hacernos firmes defensores de la dignidad humana y audaces constructores de la paz.

(2008) FAMILIA HUMANA, COMUNIDAD DE PAZ. En una vida familiar “sana” se experimentan algunos elementos esenciales de la paz: la justicia y el amor entre hermanos y hermanas, la función de la autoridad manifestada por los padres, el servicio afectuoso a los miembros más débiles, porque son pequeños, ancianos o están enfermos, la ayuda mutua en las necesidades de la vida, la disponibilidad para acoger al otro, y, si fuera necesario, para perdonarlo. Por eso, la familia es la primera e insustituible educadora de la paz.

(2009) COMBATIR LA POBREZA, CONSTRUIR LA PAZ. Una de las vías maestras para construir la paz es una globalización que tienda a los intereses de la gran familia humana. Sin embargo, para guiar la globalización se necesita una fuerte *solidaridad global*, tanto entre países ricos y países pobres, como dentro de cada país, aunque sea rico. Es preciso un «código ético común», cuyas normas no sean sólo fruto de acuerdos, sino que estén arraigadas en la ley natural inscrita por el Creador en la conciencia de todo ser humano (cf. Rm 2,14-15). Cada uno de nosotros ¿no siente acaso en lo recóndito de su conciencia la llamada a dar su propia contribución al bien común y a la paz social?

(2010) SI QUIERES PROMOVER LA PAZ, PROTEGE LA CREACIÓN. La búsqueda de la paz por parte de todos los hombres de buena voluntad se verá facilitada sin duda por el reconocimiento común de la relación inseparable que existe entre Dios, los seres humanos y toda la creación... Proteger el entorno natural para construir un mundo de paz es un deber de cada persona... La salvaguardia de la creación y la consecución de la paz son realidades íntimamente relacionadas entre sí.

(2011) LA LIBERTAD RELIGIOSA, CAMINO PARA LA PAZ. Una sociedad reconciliada con Dios está más cerca de la paz, que no es la simple ausencia de la guerra, ni el mero fruto del predominio militar o económico... La paz, por el contrario, es el resultado de un proceso de purificación y elevación cultural, moral y espiritual de cada persona y cada pueblo... Invito a todos los que desean ser constructores de paz a escuchar la propia voz interior, para encontrar en Dios referencia segura para la conquista de una auténtica libertad, la fuerza inagotable para orientar el mundo con un espíritu nuevo...

(2012) EDUCAR A LOS JÓVENES EN LA JUSTICIA Y LA PAZ. La paz es fruto de la justicia y efecto de la caridad. Y es ante todo don de Dios. Los cristianos creemos que Cristo es nuestra verdadera paz... Pero la paz no es sólo un don que se recibe, sino también una obra que se ha de construir. Para ser verdaderamente constructores de la paz, debemos ser educados en la compasión, la solidaridad, la colaboración, la fraternidad; hemos de ser activos dentro de las comunidades y atentos a despertar las conciencias sobre las cuestiones nacionales e internacionales, así como la importancia de buscar modos adecuados de redistribución de la riqueza, de promoción del crecimiento, de la cooperación al desarrollo y de la resolución de los conflictos... La paz para todos nace de la justicia de cada uno, y ninguno puede eludir este compromiso esencial de promover la justicia. La paz no es un bien ya logrado, sino una meta a la que todos debemos aspirar. Miremos con mayor esperanza al futuro, animémonos mutuamente en nuestro camino, trabajemos para dar a nuestro mundo un rostro más humano y fraterno, y sintámonos unidos en la responsabilidad.

(2014) LA FRATERNIDAD, FUNDAMENTO Y CAMINO PARA LA PAZ. La fraternidad es una dimensión esencial del hombre, que es un ser relacional. La viva conciencia de este carácter relacional nos lleva a ver y a tratar a cada persona como una verdadera hermana y un verdadero hermano; sin ella, es imposible la construcción de una sociedad justa, de una paz estable y duradera. Y es necesario recordar que normalmente la fraternidad se empieza a aprender en el seno de la familia, sobre todo gracias a las responsabilidades complementarias de cada uno de sus miembros, en particular del padre y de la madre... La fraternidad genera paz social, porque crea un equilibrio entre libertad y justicia, entre responsabilidad personal y solidaridad, entre el bien de los individuos y el bien común... La fraternidad tiene necesidad de ser descubierta, amada, experimentada, anunciada y testimoniada. Pero sólo el amor dado por Dios nos permite acoger y vivir plenamente la fraternidad.

Oración

Señor, haz de mí un instrumento de tu paz.

Que donde haya odio, ponga yo amor.

Donde haya ofensa, ponga yo perdón.

Donde haya discordia, que yo ponga unión.

Donde haya error, que yo ponga verdad.

Donde haya duda, que yo ponga fe.

Donde haya desesperación, ponga yo esperanza.

Donde haya tinieblas, que yo ponga tu luz.

Donde haya tristeza, ponga yo alegría.

Haz, Señor, que no me empeñe tanto

en ser consolado, como en consolar;

en ser comprendido, como en comprender;

en ser amado, como en amar.

Porque dando es como se recibe,

olvidando se encuentra,

perdonando se es perdonado,

y muriendo, se resucita a la vida eterna. Amén.